

VENTURA Y DESVENTURAS DE VICENTE SALIAS

Argenis J. Gómez Pérez
Instituto de Estudios Hispánicos Americanos
Universidad Central de Venezuela

Resumen

La tradición historiográfica nacionalista venezolana ha convertido poco a poco a los personajes del proceso independentista en modelos arquetípicos de buen comportamiento en todos los sentidos, quizá para ejemplo de las generaciones futuras. Se ha hecho con Francisco de Miranda, se ha hecho y se sigue haciendo con Bolívar, Sucre, etc. Vicente Salias no escapa al proceso de parálisis y sacralización. El presente trabajo trata de reconstruir lo que sabemos de su vida y obra, corrigiendo viejos y nuevos olvidos y errores, y sacando a la superficie aspectos no estudiados de este personaje, aunque estos no favorezcan su sacralización, pero lo acercan más a la realidad histórica de la que se le ha tratado de separar abusivamente. En fin, se trata de hacer una ficha biográfica de Salias, nueva, más auténtica y real, lejos de toda trascendencia, mixtificación, sin tener por eso la pretensión de agotar el tema.

Palabras claves:

Biografía, independencia, medicina, periodismo, sacralización.

oooooooooooo

INTRODUCCION

No es fácil escribir acerca de aquellos personajes a quienes les tocó en suerte participar en los sucesos que el 19 de abril de 1810 sacudieron a la Capitanía General de Venezuela y a corto plazo desencadenaron un período

de violencias sin precedentes, hasta que se pudo regresar a una relativa paz, a raíz del triunfo republicano en Carabobo (1821). En este largo y complicado tiempo signado por un apasionamiento insólito, hay algunos actores que como Miranda o Bolívar -siempre en primer plano-, parece que encabezan el desarrollo de los acontecimientos; otros como Antonio Muñoz Tébar o Vicente Salias, participan con vehemencia en el vendaval revolucionario y desaparecen combatiendo por los principios en los que creían; otros en fin, como José de las Llamozas o Manuel Villapol, brillan en la escena por un momento fugaz, y parece que desaparecen sin dejar huella, como si súbitamente hubieran perdido toda su atracción. Por eso la biografía como género puede funcionar bien con figuras estelares como Miranda o Bolívar, que no sólo estuvieron al frente de la tormentosa lucha, sino que nos dejaron suficiente documentación para que más tarde pudiera intentarse una representación de su desempeño en la gran escena de la historia. No así con los restantes personajes que hemos mencionado: ya la biografía no es posible, hay demasiados vacíos y el hilo se pierde en la maraña de los acontecimientos, y volverlo a recuperar supone una larga y paciente labor investigativa, que no siempre nos gratifica con los frutos deseados. Pero esto no es todo: los hombres del 19 de abril y el 5 de julio, terminada la lucha con la victoria republicana, han beneficiado de un favoritismo tal, que muy tempranamente se optó por convertirlos en arquetipos, ejemplos magníficos de virtud y heroísmo, que mostrar a los ojos admirados de las generaciones futuras. Así se olvidaron las incongruencias, las contradicciones, las vacilaciones, y se les añadió algo así como una segunda naturaleza, que al paso del tiempo se ha vuelto casi invulnerable, tan resistente y respetable, que no es raro observar incluso a historiadores profesionales vacilar ante los hechos que deslucen o agrietan al héroe y amenazan su credibilidad. Ha sucedido con los más grandes, a tal punto que todavía hoy nos cuesta trabajo y hasta nos decepciona constatar las flaquezas, debilidades o contradicciones de un Francisco de Miranda, Simón Bolívar o Andrés Bello.

Está claro que esta labor de parálisis y sacralización se ha extendido a toda esa generación privilegiada, como si en vez de presentarlos como simples y dignos seres humanos desenvolviéndose en un escenario difícil -el mundo siempre lo ha sido-, fuera preferible dejarlos como herencia, cual estatuas de espléndido mármol, frías y perfectas, encerradas en algún museo donde, algún fin de semana, podamos ir a admirar los eternos e inaccesibles modelos del patriotismo y la virtud ciudadanas.

Nada es más urgente para los venezolanos de hoy que una revisión profunda y desapasionada de su propia historia republicana, revisión que

despoje a los grandes espíritus que están en el origen de la nacionalidad, de la falsa e incómoda chaqueta que una tradición quizás bien intencionada les ha hecho portar, y dejándolos tomar nuevo aire, podamos descubrir su verdadera dimensión y calidad, permitiéndonos por eso mismo abrir las posibilidades de un porvenir más despejado y saludable, bien lejos de disimulos e idolatrías, que nunca fueron buenos, y más cerca de la humana verdad.

Vicente Salias, codificado por la tradición historiográfica como autor del texto del himno nacional, no ha escapado a este proceso de muerte y transfiguración: las "biografías" que se han escrito de él, y hasta la ficha que de él trae el reciente Diccionario de historia de Venezuela de la Fundación Polar¹, no carecen de información inexacta, olvidos y vacíos, que nos dejan siempre la sensación de lo fragmentario o inacabado, cuando no falso, todo bajo una atmósfera de sospechosa veneración. Y no hay alternativa: hay que retomar el asunto desde el principio y con la mayor suma de información disponible, ir reconstruyendo la difícil realidad, y la actuación del personaje dentro de ella, sine ira et studio, como quería el gran Tácito.

A clarificar y definir en su verdadera dimensión la presencia histórica de Vicente Salias tiende el presente trabajo que, por lo demás no pretende agotar el asunto, sino profundizarlo.

1. Juan Vicente Salias Sanoja, tal era su nombre completo, nació el 23 de marzo de 1776 en Caracas, en el seno de una familia aristocrática de origen español. Fueron sus padres: Francisco Antonio Salias Tordecillas y María Margarita Sanoja Cabeza de Vaca. Fueron sus hermanos: Francisco, Mariano, Carlos y Pedro. Todos, a excepción de Francisco Salias, que vivió para contarlo, apoyaron la causa independentista y murieron de muerte violenta en los años de la guerra a muerte.

Vicente Salias se inscribió en la Real y Pontificia Universidad de Caracas en 1788 para cursar Filosofía. Eran tres años de estudio, al cabo de los cuales se obtenía el título de Bachiller en Artes. Este bachillerato era obligatorio para seguir luego los estudios profesionales propiamente dichos. Salias fue entonces alumno del Padre Baltazar de los Reyes Marrero, quien se atrevió a reducir la enseñanza de la filosofía aristotélica, y prefirió darle más espacio a las matemáticas y la física, lo que desembocó en un tortuoso proceso judicial, que

1. FUNDACION POLAR (1992). Diccionario de Historia de Venezuela. Caracas, Editorial Ex Libris, Torno III -PZ, pp. 504-505.

finalizó por marginario de toda actividad universitaria. El Padre Marrero debió entonces resignarse a su curato del puerto de La Guaira.

En 1791 Salias no se preocupó de coronar su bachillerato en artes, sino que se inscribió en cursos de derecho (1791-1792), pero al parecer pronto se dio cuenta de que ese no era su camino, y enfiló entonces hacia los estudios médicos. En 1794 se inscribió en medicina, en los cursos del protomédico Felipe Tamariz. Como para recibirse de bachiller en medicina era indispensable haber culminado su bachillerato en artes, en 1798 optó por presentar el examen para obtener el citado bachillerato, y en 1799 el correspondiente para culminar su bachillerato en medicina.²

2. A mediados de marzo de 1804 llegó a costas venezolanas, procedente de Puerto Rico, la "Real Expedición de la Vacuna", cuyo responsable científico era el doctor Francisco Javier de Balmis. En Caracas este fue muy bien recibido y pudo entonces poner en práctica uno de sus más acariciados proyectos: el establecimiento de una Junta Central de la Vacuna permanente en Caracas. Lo consiguió plenamente, y el 28 de abril de 1804 ésta fue instalada formalmente, con un gran total de 21 integrantes. Entre sus miembros protectores estaban el gobernador y capitán general Manuel de Guevara y Vasconcelos, y el arzobispo de Caracas, don Francisco de Ibarra. En el grupo de los facultativos estaban el protomédico Felipe Tamariz, el doctor en medicina José Domingo Díaz, el cirujano militar José Justo Aranda y el bachiller en medicina Vicente Salias. Como secretario en lo científico fue elegido José Domingo Díaz, cuyo papel protagónico es hoy ampliamente reconocido. Estuvo siempre al tanto de todo lo referente a la campaña antivariólica, puede afirmarse que todo pasaba por sus manos, fue quien redactó el mayor número de memorias o informes científicos, pero -y esto es lo que nos interesa destacar ahora-, Vicente Salias ocupó entonces un honroso segundo lugar, pues redactó un considerable número de memorias, algunas incluso en directa colaboración con el doctor Díaz; "Instrucción para conocer la vacuna y poder hacer la operación", y "Memoria sobre los medios preservativos de la infección variolosa en los sepulcros de los virulentos" (1804-1805). Este último informe, referente a la vieja e imprudente costumbre de enterrar gente en las iglesias, luce hoy definitivamente perdido, pero de todos modos esta colaboración nos invita a pensar que todavía las relaciones

2. Para más abundamiento véase: LEAL, Ildelfonso (1987) "Nuevos documentos biográficos de Vicente Salias (1776-1814)": *Boletín ANH*. Caracas, Tomo LXX, N° 279, pp. 651-663.

entre estos dos hombres eran amistosas o por lo menos, no de franca enemistad.³

3. 1806 fue un año traumático para la capitania general de Venezuela y para el cabildo caraqueño: los intentos de invasión del "traidor" Francisco de Miranda -en abril y en agosto-, acapararon la escena y trastornaron por largo tiempo la apacible vida caraqueña. Pero no creamos que para entonces Caracas fuese "un convento", como alguna vez lo fue, según el prolífico Aristides Rojas: los litigios por las más variadas causas, desde los puestos de preferencia en alguna ceremonia pública, hasta las prendas de vestir y los detalles de la etiqueta, eran motivo suficiente para comprometerse en un largo y engorroso proceso judicial, que suministraba trabajo a un disciplinado desfile de abogados, escribanos y mensajeros. Muchas firmas, diligencias, papel y tinta.

Salias era médico y los médicos no escapaban a esta general tendencia a la denuncia, al comentario malicioso, al panfleto callejero anónimo, que podía ciertamente herir, agrietar y hasta demoler abolengos y reputaciones. La tan llevado y traído Médicomaquia de Vicente Salias nació en este ambiente de enemistades y pleitos entre médicos: el caso es que a fines de 1805 murió, al cabo de toda una noche de agudo sufrimiento, la señora María del Carmen González. Fue atendida por los galenos Santiago Limardo y Vicente Carrillo, quienes en la emergencia creyeron prudente consultar al doctor José Domingo Díaz. Este dio su dictamen, prescribió tratamiento y regresó a su domicilio. Al día siguiente, cuando sobrevino la muerte de la señora González, se levantó enseguida toda una ola de comentarios, habladurías y se llegó hasta la publicación de pasquines callejeros que responsabilizaban y ofendían seriamente a los médicos involucrados, y le daban rienda suelta a la sospecha de que la citada señora había sido envenenada por efecto de los mismos medicamentos que se le administraron. Como siempre en la Colonia, fue un litigio complicado y lleno de emboscadas y escaramuzas donde los médicos se defendían y tratando de identificar a los autores de los anónimos no vacilaban en acusar a sus propios colegas. Pero lo que nos interesa precisar ahora -el asunto, en verdad, concierne más a José Domingo Díaz que a Vicente Salias- es que en uno de esos documentos titulado "Respuesta a la sátira burlesca que se ha hecho contra la defensa de Limardo y Carrillo sobre el envenenamiento de doña María del Carmen González", hay una nota que a la letra dice:

3. ARCHILA Ricardo (1979) "La Junta Central de Vacuna". En Bello y Caracas. Primer Congreso del Bicentenario. Caracas, Italgáfica s.r.l., pp. 197-263.

Nota 2a. El autor de este papel suplica al señor crítico que no lo recoja poco a poco como hizo con la Medicomagua, sino que lo deje correr de mano en mano, que si tuviese razón se la darán y no harán caso de él.⁴

Aunque somos conscientes de que esta cita involucra a Vicente Salias como posible autor de la "sátira burlesca", por ahora nos interesa destacar que ella nos permite precisar los comienzos del desencuentro entre Vicente Salias y José Domingo Díaz, y al mismo tiempo precisar la fecha aproximada en que se dio a luz la Medicomagua: todo fue entre 1805-1806, sin que podamos determinar -quizás nunca lo hagamos-, las circunstancias inmediatas de tal ruptura, pero puede suponerse razonablemente que el carácter orgulloso y antipático de Díaz, y el de Salias, ligero y movedido, hayan tenido que ver en el asunto.

De la Medicomagua, palabra que puede traducirse como "arte de lidiar médicos", sólo nos ha quedado un fragmento inserto por Juan Vicente González en su brillante y malacabada Biografía de José Félix Ribas (1865). En ese fragmento, anotado por González con el visible propósito de demoler a José Domingo Díaz, Vicente Salias, en versos que nada dicen de su talento literario, acusa de envidioso a Díaz y le recuerda su remoto pasado de niño expósito. De esa envidia de que habla Salias no hemos encontrado la más mínima huella en toda la actuación pública de José Domingo Díaz, por lo menos hasta 1810. En cambio, su antipatía, su orgullo y sus malestares aparecen muy temprano. Pero en 1805 ¿de qué o de quién podía el doctor Díaz sentir envidia? Fue un excelente estudiante, aprovechó todo lo que la universidad podía ofrecerle, pues culminó su carrera con un doctorado, lo que no era un acontecimiento frecuente a fines del siglo XVIII venezolano. Era un investigador infatigable -esto se lo reconoce hasta el propio Juan Vicente González-; era el médico de ciudad, responsabilidad máxima en cuanto a salud pública; gozaba de muy buen sueldo, y por si esto fuera poco, beneficiaba de la amistad, el apoyo y la "protección" del capitán general Guevara y Vasconcelos. Entonces ¿de qué o de quién podía estar envidioso el doctor Díaz? envidioso ¿por qué? Vicente Salias sí que tenía motivos para sentirse roído por la envidia: no fue un excelente estudiante como lo fue Díaz; no culminó su carrera con un doctorado; su actuación como vocal en la Junta de

la Vacuna, aunque buena, debió apoyarse en la colaboración del doctor Díaz⁵; no tuvo entonces cargos de gran responsabilidad y todo terminó para él en 1807, con una tremenda reprimenda pública que le dirigió el capitán general Juan de Casas, como veremos enseguida; nunca disfrutó de elevado sueldo, ni de la "protección" oficial. ¿Quién de los dos podía entonces sentir envidia?

A fines de 1807 Vicente Salias presentó a la Junta Central de la Vacuna una memoria bajo el título de "Reflexiones sobre la falsa vacuna" -problema que al parecer le preocupaba seriamente. En ella sostenía que del gran total de vacunaciones, más de 100.000 según parece, efectuadas a todo lo ancho y largo de la capitania general, unas 12.000 eran falsas y por tanto se imponía una revisión y la revacunación de toda esa gente, cosa que él, Vicente Salias, podía realizar en su propio domicilio particular. Es evidente que tal proposición podía fácilmente interpretarse como una puesta en tela de juicio de toda la campaña antivariólica, que con tanto entusiasmo se había desarrollado en todo el país. La confusión y el desconcierto que tal revisión generaría en la masa de la población eran previsibles. En todo caso, así fue como lo entendió el gobernador y capitán general interino Juan de Casas. Este no sólo se negó a emprender semejante camino, sino que aprovechó la ocasión para arreglar cuentas con el joven e imprudente galeno, y ponerlo de una vez por todas en su sitio: con el apoyo de los facultativos de la Junta, -entre ellos José Domingo Díaz, naturalmente-, promulgó el 1° de marzo de 1808, un extenso decreto en que le reprochaba la tardía presentación de sus cálculos, sus inoportunas ausencias cuando actuaba como suplente del cirujano José Justo Aranda, responsable de la conservación del fluido vacuno; le reprochaba sus modales "desacatados e irregulares"; le reprochaba su resistencia a que el cirujano Aranda revisara la polémica memoria y las expresiones "ofensivas, insultantes y opuestas a la buena educación", con que lo trató. Amenaza con relevarlo de su cargo de sustituto de Aranda, y le prohíbe examinar a los vacunados en su domicilio. Que el cálculo de las 12.000 falsas vacunas era "tanto más imaginario y pueril cuanto que lo desmiente su precipitación en formarlo..." etc. etc.⁶

5. Apoyándonos en el citado trabajo de Ricardo Archila, resulta que José Domingo Díaz redactó un total de 8 memorias, 3 en colaboración (2 en colaboración con Vicente Salias); Vicente Salias en cambio, redactó un total de 6 memorias (2 en colaboración con José Domingo Díaz).

6. Archivo Concejo Municipal de Caracas. Libro Junta Central de la Vacuna. 20-04-1804 / 13-9-1810, ff. 101-104.

4. Archivo ANH. Sección Civiles, Año 1806, letra D, n. 11, f. 14 vuelto.

Era una refutación, una amenaza, un reproche y un regaño escolar, todo al mismo tiempo. Salias respondió elevando el pleito al nivel más alto: envió una representación al ministro de gracia y marina, y el pleito siguió su curso en España.⁷

Este grave percance le hizo realmente daño a la Junta Central de la Vacuna, que víctima de los debates y discusiones no siempre estrictamente científicas de su propio personal, llegó prácticamente a la parálisis de sus actividades. De todos modos, como ya lo sugirió Ricardo Archila, podemos suponer que Vicente Salias, a la luz de sus tropiezos y sobre todo, del grave enfrentamiento con Juan de Casas, estaba positivamente condicionado para todo lo que significara lucha contra el poder imperial español, personificado esta vez en el capitán general. Un camino similar recorrió Miguel José Sanz, que de puntal de la administración colonial española pasó a republicano resentido, al sufrir en carne propia las arbitrariedades de Emparan y sus favoritos. Para ambos el 19 de abril de 1810 fue el momento que los unió, y pudieron entonces juntar en un solo haz las ideas y sus resentimientos.

4. Vicente Salias y sus hermanos -notoriamente Francisco Salias, que tuvo la osadía de conminar a Emparan a regresar a cabildo, donde, como todos sabemos, presentaría su renuncia-, participaron en el novedoso movimiento. La Junta Suprema le encomendó una misión diplomática en las islas de Curazao y Jamaica, consistente en informar sobre los acontecimientos de Caracas y promover las relaciones comerciales. De nuevo en Caracas, Salias figura entre los miembros de la "Sociedad Patriótica", especie de club político, presidida por el legendario general Miranda, y comparte con Antonio Muñoz Tébar la redacción de "El patriota de Venezuela" (1811-1812), órgano divulgativo de la citada Sociedad. Pero además del hecho de que sólo contamos con cuatro números de esta publicación, nadie hasta hoy ha podido precisar entre los numerosos textos sin firma, cuál o cuáles pertenecen o pueden pertenecer a Vicente Salias.

Los hermanos Salias fueron gente de confianza de Miranda durante ese período dramático que todos conocemos como Primera República. Vicente Salias mantuvo con el viejo general una correspondencia de la que nos ha llegado alguna muestra, y que junto con la que se conserva de Miguel José Sanz, permite asomarnos al ambiente de crisis y angustia creciente en que se

7. Es muy probable que la documentación se conserva en el Consejo de Indias, pero por el momento ha quedado fuera de nuestro alcance.

debatía la joven y difícil república a comienzos de 1812. En esas escasas tres cartas se atreve Salias a poner en guardia a Miranda acerca de la actitud de buena parte del clero, y le sugiere al confundido general pasar a la ofensiva. Pero lo que más nos interesa ahora poner de relieve es la vehemente vocación de periodista al servicio de la revolución, que aflora con ímpetu en el joven médico. Así le pide a Miranda que:

... organizarse ahí mismo con el Poder Ejecutivo de esta provincia la continuación del periódico de la Sociedad; esto es, que usted dijese al Gobierno que deberá pagar la impresión, que yo me hago cargo de publicarlo. ... Yo procuraré establecer la opinión, hablaré de las operaciones del ejército, y cuando comiencen de nuevo las rivalidades y los celos, arrollaré a todos en mi papel." (Carta de Vicente Salias al general Miranda, 23 de marzo de 1812).

Salias alude, naturalmente, a "El patriota de Venezuela", órgano periodístico de la Sociedad Patriótica (enero 1811-enero 1812), en el que sin duda cifraba grandes esperanzas de salvación.

Lo propuesto por Salias no se hizo realidad, pero nada nos impide pensar que él se sentía más en su centro dentro del periodismo revolucionario, que en las abstrusas y elícticas investigaciones de la ciencia médica o en las elaboradas y sutiles arquitecturas del derecho tradicional. Al parecer, pertenecía a ese tipo de personalidad que no encuentra de primer golpe su camino, sino que debe esperar a que la vida misma con su inescrutable lógica le brinde la ocasión de desplegar sus escondidos o ignorados talentos. Dentro del torbellino de la revolución Salias encontró por fin su sitio y una labor a desempeñar, para él más importante que cualquier investigación científica o académica: el periodismo de combate al servicio de los ideales republicanos. Por eso reaparecerá, ya no más como médico, sino como redactor responsable de la "Gaceta de Caracas", como veremos luego.

Esta exigua correspondencia también nos hace sentir en Vicente Salias el temple moral de estos primeros revolucionarios, siempre dispuestos a jugarse la vida en aras de sus ideales. Por eso le escribe a su "amado general":

...cuenta usted con el sacrificio de mi vida y todas mis facultades por la salvación de la patria. (Carta de Vicente Salias al general Miranda, 1° de mayo de 1812).

Y no hay duda de que para Salias la patria era la capitania general de Venezuela liberada del dominio español. En fecha tan avanzada y dramática

como el 18 de junio de 1812 -recordemos que Miranda capitulará a fines de julio-, le volverá a dar muestras de la solidez de sus convicciones:

... No es, mi general, el peligro el que me contrista, es la gloria de mi patria, es la gloria de usted y la felicidad de este continente, la que no se aparta de mi imaginación, ...

Sentimiento nuevo, de solidaridad continental de cultura e ideales comunes, envolvente y superador de la estrechez propia de todo nacionalismo, sentimiento que hará su propio camino al lado del otro, y hasta el día de hoy es característico de los pueblos iberoamericanos en su conjunto. Pero esto es otro asunto.⁸

5. Salias siguió hasta el final el camino de Miranda: mientras este, firmada la Capitulación, fue detenido y debió emprender luego su melancólico viaje de prisionero, primero a Puerto Rico y definitivamente a España, Vicente lo acompañó por algún tiempo en las bóvedas de La Guaira, y después lo enviaron a Puerto Cabello. Se le siguió la correspondiente causa de infidencia, que no nos ha llegado, y fue por fin liberado por indulto de las cortes de Cádiz. Entretanto, los fugitivos de la Primera República se han reagrupado en la Nueva Granada y Bolívar ha conseguido los medios para organizar un pequeño ejército con el que invadir a Venezuela, su idea fija. A comienzos de marzo de 1813 entra por el Táchira, libera Mérida, lanza desde Trujillo su controversial decreto de guerra a muerte (15 de junio), y al cabo de una serie ininterrumpida de espléndidas victorias entra en Caracas a comienzos de agosto. Es la que ha dado en llamarse Campaña Admirable, por la brillantez de sus triunfos y la rapidez de movimientos. Renace la república independiente y reaparece la "Gaceta de Caracas" bajo signo republicano, su redactor responsable, Vicente Salias. He aquí la ocasión soñada para poner en práctica lo que le había prometido al infortunado Miranda, pero esta vez bajo el liderazgo fresco, renovado y decidido de Bolívar: "establecer la opinión, hablar de las operaciones del ejército y arrollar las rivalidades."

Pero ya el fatídico decreto de guerra a muerte estaba en marcha. Este, pretendiendo ser una respuesta a los desmanes y violencias de los jefes realistas, colocaba la lucha emancipadora al margen de toda reglamentación humanitaria, y posponiendo el programa renovador de la futura república, en realidad la rebajaba al nivel de una contienda ciega, sobre la base insostenible

8. Esta correspondencia puede consultarse, por ejemplo, en: ANH (1960) Epistolario de la Primera República. Madrid, Ediciones Guadarrama, Tomo II, pp. 172-276.

de la nacionalidad y el origen étnico. Salias asume la pesada tarea de defender y justificar en la "Gaceta" ese decreto: publica entonces los boletines de guerra, sin perder ocasión de denunciar la crueldad ancestral de los españoles; publica su "Canto a la acción de Bárbula", dedicado a Atanasio Girardot, el valiente militar neogranadino muerto en la mencionada acción, y cuyo corazón fue trasladado en procesión solemne desde Valencia a Caracas, para ser depositado definitivamente en la catedral. Esta composición en verso, que ni siquiera ostenta la firma de su autor, muestra única de sus aficiones literarias, es lo que nos ha permitido suponer que Salias fuera también el autor del "Gloria al bravo pueblo", que con el tiempo vino a ser nuestro himno nacional.

Es Salias quien cambia el antiguo epígrafe en latín de la "Gaceta": Salus populi suprema lex esto (Que la salvación del pueblo sea la suprema ley), que nos viene de los antiguos tiempos de la clásica república romana, programa de emergencia para preservar el poder de la oligarquía, por el más moderno y accesible en francés: "L'injustice a la fin produit l'indépendance" (La injusticia produce al fin la independencia), sacado del "Tancredo" de Voltaire. Es, si bien se ve, un cambio de programa: la independencia es el resultado final de una situación insostenible, la independencia no es un fin en sí mismo, sino la puerta de salida frente a una injusticia inveterada.

Le tocó a Salias como responsable de la "Gaceta", enfrentar la campaña que José Domingo Díaz, ya exiliado en Curazao, desarrollaba contra el nuevo gobierno republicano. Publicó entonces una serie de "artículos comunicados" para aniquilar moralmente al doctor Díaz, venezolano al servicio de la causa realista. Entre estos artículos es de excepcional importancia el que se publicó el 25 de noviembre de 1813. Allí, en el lenguaje ofensivo de rigor ("espureo Americano") se denuncia al doctor Díaz como el producto de un "ayuntamiento criminal e ilegítimo" de un curandero pardo llamado "Juanchito" Castro (Juan José Castro) y una mujer blanca. Que para obtener el título de doctor "fue preciso hacer muchos gastos en la Corte, a causa de su origen africano..." Que se fue a España "a solicitar honores que ocultasen su baja extracción", donde para poder casarse "se supuso hijo legítimo de la casa de los Díaz Argote". Que su "época más brillante" fue bajo Monteverde; que Juanchito Castro al morir, le había dejado una herencia "de la que no tuvo empacho en apoderarse", etc.

Es increíble que Vicente Salias haya permitido que esto se publicara en la "Gaceta": no es sino un amasijo de mentiras, calumnias y verdades a medias, nacido del malsano y único deseo de destruir al enemigo cuando no se tienen

mejores armas para el debate de ideas civilizadas. Este lodo salpica, naturalmente, una vez más, al redactor de la "Gaceta".

Nadie hasta la fecha ha podido aportar la más mínima especie de prueba en el sentido de que el médico romancista Juan José Castro haya sido el padre de José Domingo Díaz. Por otra parte, el doctor Díaz -ahora lo sabemos de cierto- era "blanco, de ojos verdes y pelo crespo": ¿en qué queda su origen "africano", que antes de esta desafortunada publicación, es decir, hasta 1814, nadie se había tomado el trabajo de sacar a flote? Puro y simple insulto.⁹

Díaz no tuvo que hacer gastos excepcionales en la Corte, sino obtener un permiso Real para recibir sus títulos, pese a su condición de expósito. Tampoco fue a España en busca de honores, que no tenía -los médicos no valían mucho dentro de la sociedad colonial-, sino a reivindicar su buen nombre seriamente dañado por la abrupta destitución de que fue víctima por parte del cabildo caraqueño a principios de 1808; y a recuperar su salud perdida.

Evidentemente el autor del desafortunado "artículo comunicado" ignora o quiere ignorar la actuación de José Domingo Díaz como médico de ciudad y su muy reciente participación en el "Semanario de Caracas", al lado del licenciado Sanz (1810-1811). Por último, nadie hasta ahora ha podido probar que Juan José Castro le haya dejado herencia alguna al doctor Díaz. Simple calumnia?

¿Cómo pudo Vicente Salias, conociendo a Díaz desde su época de estudiante universitario, habiendo sido su compañero en la Junta Central de la Vacuna, donde como ya vimos, llegó a redactar memorias científicas en común; cómo pudo Vicente Salias perder el equilibrio hasta tal extremo? Fue el mismo demonio que condujo su pluma cuando redactaba los versos hirientes y despiadados de su tristemente célebre *Medicomagua*. En cambio, José Domingo Díaz no fue en definitiva tan injusto y desconsiderado con su antiguo compañero de labores investigativas: en sus *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, (Madrid, 1829), rememorando esta misma época recuerda a Salias como alguien "audaz y de conocimientos poco comunes". Nadie puede dudar de la audacia de Vicente Salias, pero qué hay de esos "conocimientos poco comunes"? Es un secreto escondido en las no estudiadas páginas de la "Gaceta", que entre septiembre de 1813 y mayo-junio de 1814

estuvo bajo la responsabilidad del fogoso médico-periodista. Material para investigadores.¹⁰

6. En realidad, Salias dirigió la "Gaceta" en una época de confusión y desconcierto ideológico, abierta por el famoso decreto de Trujillo. Como Muñoz Tébar, tuvo que dedicarse a justificarlo y defenderlo, sin tener clara consciencia de que ellos mismos podían a corto plazo, verse enredados en sus tentáculos y ser barridos por la misma violencia desenfrenada que se trataba de conjurar.

A tal extremo llevó Salias su combate visceral contra Monteverde, que en cierto momento llegó a poner en peligro la diplomacia pro-británica en que se apoyaba el gobierno independentista: en la "Gaceta de Caracas" de 7 de febrero de 1814, al reseñar la llegada del derrotado y maltrecho Monteverde a Curazao, se acusa al gobernador de la isla, entonces británica, de connivencia y complacencia con el fugitivo. Bolívar, jefe supremo, no tardó en reaccionar y le envió por medio de su secretario de Estado Muñoz Tébar, el enérgico regaño correspondiente ("Gaceta de Caracas", 28 de febrero de 1814).

El error más grave de los republicanos de entonces fue sin duda, no tener una visión clara y moderna acerca de la inevitable participación de los esclavos en la contienda independentista. Todavía en 1813 la ambigüedad y recelo demostrados por Miranda y que fueron parte de su estrepitosa derrota de 1812, continuaban imperando entre los jefes republicanos, que de manera insólita, en su lucha por la libertad no tenían nada que ofrecer a la numerosa población esclava sobre la cual descansaba la producción agrícola de Venezuela. Fue entonces cuando apareció en escena José Tomás Boves para llenar a su modo ese vacío y empujar a la población esclava a una lucha implacable en nombre del rey, contra las fuerzas republicanas de los hacendados blancos. La "Gaceta", bajo la dirección de Salias, refleja claramente las incongruencias del comando independentista: el decreto de guerra a muerte había vaciado de todo contenido social su propia lucha, abría en cambio, puerta franca a todo género de excesos y violencias, y estas no tardaron en manifestarse. No sabían qué hacer con las masas de esclavos que fatalmente intervenirían en el pleito. En política exterior buscaban ansiosamente ponerse bajo la protección de Inglaterra, invitándola francamente a una intervención en la lucha, utilizando el libre comercio como la excusa aceptable. En un artículo comunicado

9. MALAVE de QUERALES Inés (1966) *Eventos bibliográficos para una biografía del doctor José Domingo Díaz*. Caracas, UCV, trabajo de ascenso, ejemplar mimeografiado, pp. 13-70

10. DIAZ José Domingo (1961) *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. ANH. Madrid, Ediciones Guadarrama, s.r.l., p. 153.

publicado en la "Gaceta" de 23 de mayo de 1814, se reconoce abiertamente que:

Boves ha levantado toda la esclavitud de los Llanos. Boves los ha hecho militar, y con la pretendida libertad, los ha hecho cometer los actos más atroces, y los asesinatos más inicuos. Desde Calabozo hasta las extremidades de Apure, y desde los confines de Barcelona hasta Calabozo, ha subvertido todas las esclavitudes que formaban la mayor parte de su ejército. No hay una sola hacienda de ganado cuyos esclavos no hayan sido forzados a militar en el ejército de este bandido....

Sin embargo, el articulista, que nos ofrece un cuadro detallado de todas las esclavitudes sublevadas por Boves, no ve el fenómeno sino como un síntoma de la inminente destrucción del país, y pide al gobierno republicano que alerte a los gobernantes de las colonias inglesas del Caribe ante el peligro de contagio:

... pues, si acaso el mal se comunica hasta las colonias, habrá el gobierno de Venezuela cumplido con su deber, procurando evitar en ellas las simientes de la destrucción esparcidos en el territorio de Venezuela por los feroces españoles.

El comando revolucionario republicano había perdido la ruta hasta tal punto que dejaba a los "feroces españoles" aparecer como los abanderados de la liberación de los esclavos, lo que significaba para Boves capitalizar un apoyo popular incontenible a corto plazo. Para colmo los supuestos revolucionarios debían ofrecerse generosamente como guardianes del poder británico en el Caribe. Es casi imposible concebir extravía mayor y mayor inversión de objetivos y finalidades.

Entretando, Boves, entre victorias y derrotas, seguía extendiendo su influencia por los Llanos, hasta que a mediados de junio (1814) Bolívar y Mariño vinieron a enfrentarlo en su propio terreno. Es la batalla de La Puerta (15 de junio), la caballería de Boves decide el combate y el bando republicano es completamente derrotado, dejando tendida en el campo gran parte de su oficialidad, incluso el joven y brillante Antonio Muñoz Tébar, secretario de guerra. Bolívar huye hacia Caracas. Salias comprende que todo está perdido y trata de escapar en el "Correo de Gibraltar", pero este buque es interceptado por el "Valiente Boves" y conducido a Puerto Cabello. Es juzgado rápidamente y pasado por las armas. Era el 17 de septiembre de 1814.

La tradición quiere que ante el pelotón de fusilamiento Salias haya exclamado: "Dios omnipotente, si allá en el cielo admites a los españoles,

entonces renuncio al cielo". Este rasgo, repetido una y otra vez y que tiene su más elaborada y sospechosa versión en Antonio Leocadio Guzmán,¹¹ ha pasado a formar parte del folklore patriótico nacional. Sin embargo, meses antes de su infortunada muerte, Vicente Salias había escrito algo muy similar en la *Gaceta* de 13 de junio de 1814, en unas "Reflexiones de un militar en el campo de Carabobo" (se trata, naturalmente, de la primera batalla de Carabobo), donde celebra el triunfo de las fuerzas republicanas, y en la cúspide de su apasionada denuncia de la crueldad de los españoles, exclama horrorizado:

... Aún humean las víctimas inmoladas por Suazola; y San Carlos es el teatro de nuevos y horrosos crímenes. ¡Dios eterno! Si hay españoles en vuestra mansión celeste, yo renuncio a ella. Los atentados cometidos en el territorio venezolano, ya no pueden considerarse sin espanto.

¿Coincidencia? ¿punto de partida de la leyenda patriótica? De todos modos, la escena retrata bien al hombre: Salias pertenece por entero a los revolucionarios de la Primera República, quienes con objetivos claros y una valentía desbordante, confundieron la nacionalidad con la calidad moral y hablaron de libertad sin detenerse a pensar en los esclavos.

Summary:

Venezuelan nationalist historiographic tradition has transformed, little by little, the characters of the independence process in archetypal models of good behavior in all senses, perhaps as examples for future generations. It has been done with Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, etc. Vicente Salias does not escape from such a process of paralysis and sacralization. This paper attempts to reconstruct what we know about his life and work, correcting old and new forgettings and mistakes, and emerging aspect which have not been studied, even though they do not support the sacralization, but that put him closer to historic reality from which he has been abusively tried to separate. Thus, we try to do a biographic card of Salias, a new one, more authentic and real, far away from any mythicizing tendency, without pretending to finish with the topic.

Key words:

Biography, independence, medicine, journalism, sacralization.

11. GUZMAN Antonio L. (1878) "La guerra a muerte". En *Datos históricos suramericanos*. Bruxelles, Typographic V° Ch. Vanderauwera, vol. III, pp. 15/16. Publicado originalmente en "La Opinión Nacional": Caracas, 10/11 de abril de 1876.